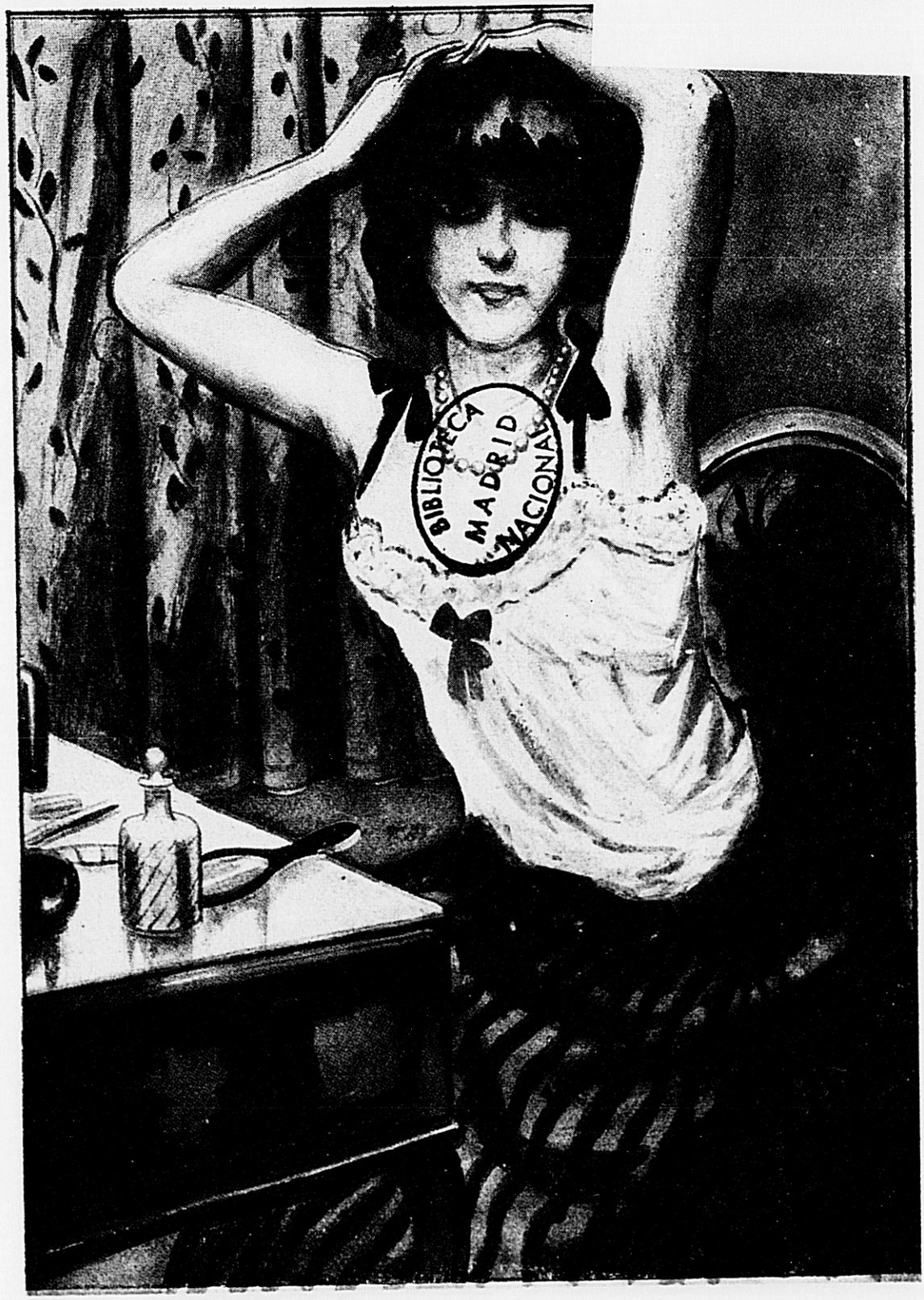
P. PICA Y PECA

MI VECINITA

1
230823



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230823

47/143423

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

MI VECINITA Y YO

I

MI VECINA CLOTILDE

¿Si era bonita?... ¡Ya lo creo! Más hermosa que uno de esos brillantes tan grandes que atraen por su enorme tamaño y deslumbran con los destellos de luz que despiden sus mútiples facetas.

Se llamaba Clotilde. Cuando yo la conocí tendría sus diez y ocho años cumplidos; ni alta ni baja, de esa talla regular que tan bien sienta a las mujeres; de rostro ovalado, cutis blanco y transparente, con las mejillas algo sonrosadas, pelo abundante casi negro y algo rizado, frente despejada, cejas firmes y largas, ojos negros, grandes y bien rasgados, nariz fina, afiladita, boca pequeña, de labios delgados, barba redondita, cuello largo y redondo, senos abultados sin llegar a la exageración y que me hacían temblar de deseo cada vez que los contemplaba, talle estrecho, caderas redondas... ¿Lo demás? No prosigo porque se me hace la boca agua cada vez que lo recuerdo.

Eramos vecinos; Clotilde vivía con su tía en un piso interior de la calle del Barquillo; yo estaba de huésped en el exterior; solamente nos separaba el patio; las ventanas estaban frente

R 3189550

a frente, y una vez abiertas podían verse nuestros respectivos lechos.

¡Con qué envidia miraba yo el suyo! Era pequeñito, pero no tanto que en él no hubiésemos cabido los dos, pues hay circunstancias en que uno se estrecha todo lo posible y en tres palmos de ancho caben muy a gusto dos personas.

La primera vez que la vi fué en la escalera de la casa. Ella subía y yo bajaba ; para dejarla paso franco me detuve en un rellano. Al cruzar por delante de mí la saludé tembloroso, y tan grande fué la emoción que su presencia me produjo, que las palabras salieron balbucientes de mi boca. Ella me contestó con una ligera inclinación de cabeza, sin dignarse mirarme ; yo la seguí con los ojos hasta perderla de vista.

Resuelto a saber quién era aquella joven que tan grata impresión me había producido, al llegar a la portería pregunté al cancerbero con faldas que teníamos de guardiana en la casa :

—Señora Ruperta, ¿sabe usted quién es la joven que acaba de subir?

—¡Ya lo creo! Una vecina de la casa—me respondió con burlón retintín.

—Pues yo llevo en ella cerca de dos meses y hoy la he visto por primera vez.

—No tiene nada de extraño, porque sale muy poco.

—¿Y quién es?

Antes de responderme la portera me miró de arriba abajo, a la vez que sus labios se contraían de una manera burlona.

—¿Y para qué quiere usted saberlo?

—Porque me gusta.

—Lo mismo les sucede a otros varios, y a usted también le ocurrirá igual que a ellos.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que no se preocupe de esa joven, que no está para noviazgos, y menos con estudiantes.

—Todo lo que usted quiera ; pero dígame quién es, pues supongo no será ningún secreto de Estado.

—Se lo diré. Se llama Clotilde ; no tiene padres ni hermanos ; vive con una señora de bastante edad, que es pensionista, persona de costumbres muy severas ; no perdonaría que su sobrina cometiese el menor desliz. La chica es modista y bordadora. Según dicen tiene muy buenas manos...

—Ya he visto que son preciosas.

—No es eso ; quiero decir que trabaja muy bien. No me pregunte nada más, pues esto es todo lo que puedo decirle.

Después de obsequiar a la portera con una peseta en pago de sus noticias, me encaminé a la escuela de Caminos, en la cual cursaba yo el tercer año.

Aquel día las explicaciones del profesor no penetraron en mi cerebro ; sin entenderlas llegaban hasta mí, como un lejano rumor. La resistencia de los materiales me tenía completamente sin cuidado ; las figuras que se trazaban en la pizarra las veía tan confusas, que apenas me daba cuenta de lo que representaban. Era inútil que el profesor, aspirante a diputado, y que se ensayaba con nosotros para no hacer mal papel en el Congreso, cuando tuviera el acta, emplease toda su elocuencia explicando la lección ;

yo seguía ensimismado ; mi cerebro le llenaba por completo la imagen de Clotilde.

Terminadas las clases, pretextando tener una ocupación urgente, me separé de los compañeros, con quienes tenía por costumbre reunirme, me encaminé al Retiro, y buscando uno de los rincones más solitarios fuí a sentarme a la sombra de un árbol, pensando en Clotilde y dejando escapar tiernos suspiros, lo mismo que pudiera hacerlo un trovador de la época medioeval, prendado de su doncella o señora resguardada por las altas y gruesas paredes de elevado castillo.

Al recordar las noticias facilitadas por la portera, me decía :

—Es indudable que Clotilde tiene eso que tanto se repite en la letanía.

La boca se me hacía agua aumentando a la vez mi deseo de poseer a la chica.

II

BUEN GUSTO

Aquella noche, después de cenar, faltando a mi costumbre, no salí de casa. Temeroso de que alguien adivinase mi estado de ánimo, fuí a encerrarme en mi cuarto. Encendí el quinqué, y tratando de distraerme, abrí un libro.

Trabajo inútil ; me era imposible estudiar ; la hermosa imagen de Clotilde se interponía entre mis ojos y el texto. La veía unas veces sonriente, otras severa, mirándome con una penetración que me llegaba al alma ; el fulgor de sus ojos lo tenía clavado en mí con la misma fuerza que un perno bien remachado sujeta una plancha.

Sin moverme de la silla, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos, estuve cerca de dos horas, hasta que el frío, apoderándose de mis extremidades, me hizo poner en pie.

Maquinalmente me acerqué a la ventana, abriéndola de par en par. Miré a la de mi vecina ; estaba cerrada ; pero lo que los ojos no veían adivinábalo el pensamiento.

En aquel instante Clotilde debía estar metida en su camita, sin vestir el sencillo traje que tan bien la sentaba, libre el talle de la presión del corsé, gozando sus carnes del tibio calor que

presta el lecho, mientras yo, de pie, viendo caer en el patio espesos copos de nieve, seguía en la ventana abierta, soportando una temperatura de cinco grados bajo cero (pues estábamos a mediados del mes de Enero), y sin atreverme a separarme de aquel sitio.



Llamé al sueño, pero Morfeo se hizo el remolón.

—¡ Si al menos pensase en mí como yo pienso en ella !...—me dije—. Pero, ¡ bah ! ¡ no seas imbécil, Feliciano ! Esa muchacha, maldito si se ha fijado en ti. Lo mejor que puedes hacer es meterte en la cama y procurar olvidarla.

Cerré la ventana, y después de desnudarme me metí en el lecho. Llamé al sueño, pero Morfeo se hizo el remolón y no quiso acudir en mi auxilio.

En vez de olvidar a Clotilde, pensé más en ella ; es ley fatal el que se aferre a nuestra mente con más fuerza aquello que queremos expulsar de ella.

El calor del lecho me hizo entornar los ojos, y cuando parecía iba a quedarme dormido, llegó hasta mí, procedente del tejado, una infernal algarabía promovida por una legión de Zapirones y Zapaquildas, quienes, despreciando la inclemencia de la noche, entonaban un himno al amor.

—¡ Malditos gatos ! — murmuré con rabia.

Pero pronto, cambiando de parecer, me arrepentí de haberles maldecido.

—¡ Dichosos gatos ! — agregué—. Ellos al menos pueden dar con la felicidad ; en este instante la gozarán teniendo por tálamo nupcial la blanca capa formada por la nieve y acariciados por el cierzo que el Guadarrama envía, mientras que a mí el fuego del amor me abrasa en la soledad de mi lecho.

En efecto, cada vez eran más fuertes los maullidos de los gatos, aunque no todos eran de amor ; los había también de rabia, denunciando que los felinos ponían en juego sus uñas y dientes, disputándose la posesión de alguna minina...

Yo también hubiera puesto en juego, y más furioso que los gatos, todas mis energías bélicas por ser dueño de Clotilde.

—¿ Cómo conseguir la pronta posesión de la

mujer que ni siquiera se ha fijado en mí?—me pregunté repetidas veces.

Una idea luminosa acudió a mi cerebro, y me así a ella con la energía de que echa mano el náufrago para agarrarse al objeto que se mantiene a flote.

En aquel instante tenía la plena seguridad de ser dueño de Clotilde. ¿Cómo? Muy sencillo. Imitando el proceder de Fausto con Margarita; no hay mujer que resista al influjo de un buen aderezo, y yo le compraría a Clotilde uno magnífico. Precisamente aquel día había visto varios en los escaparates de la Carrera de San Jerónimo...

¡Maldición! Mis ilusiones se desvanecieron en el acto... ¡Pobre de mí! Todo mi capital se reducía a seis pesetas y unos céntimos, y con semejante fortuna poco se podía comprar, o mejor dicho, nada que tuviese fuerza bastante para seducir a una mujer.

Hice cálculos, y el resultado fué desconsolador. Todos los meses, con matemática puntualidad, mi padre me enviaba treinta duros; se había plantado en esta cifra y no quiso nunca llegar a los treinta y uno, tal vez por temor a pasarse. De dicha cifra, y también con matemática puntualidad, diez y ocho iban a manos de mi patrona; quedaban doce, y con dos pesetas diarias poca cosa se puede hacer. Cierto era que alguna vez que otra mi madre me enviaba, *de ocultis*, algún billete de cinco o de diez duros, que apenas servía para cubrir el déficit de mis gastos.

Presa de la mayor desesperación y siguiendo el ejemplo de Fausto, pensé vender mi alma al demonio a cambio de la posesión de Clotilde.

Alucinado, me pareció ver surgir del suelo de mi cuarto, como si en él hubiera alguna escotilla, la fantástica figura de Mefistófeles, preguntándome por qué le llamaba.

Le contesté lo mejor que supe ofreciéndole con la mayor vehemencia mi alma a cambio del amor de Clotilde y que me diese lo mismo que proporcionó a Fausto.

Cuando esperaba verle sacar de la escarcela el pergamino en el que yo debía firmar el infernal compromiso, vi a Mefistófeles mirarme burlonamente, y lanzando una carcajada tan sarcástica que heló la sangre en mis venas, me repuso:

—Eres muy necio. Me pides sartas de perlas y brillantes, joyas a granel y oro a montones para lograr el amor de Clotiilde y a cambio de todo esto me ofreces lo único que puedes darme. ¡Tu alma!... ¿Qué vale tu alma?... En otra época no niego pudiese tener algún valor para mí; pero ahora ni un perro chico. ¡Abundan tanto! He comprado almas que valen mucho más que la tuya y la más cara me ha costado dos pesetas... Conque, así, no seas tonto, llama a otra puerta, que la mía por ahora la tienes cerrada.

Sin más explicaciones desapareció Mefistófeles, dejándome, como vulgarmente se dice, con la miel en la boca y un palmo de narices para sujetarme mejor los lentes.

Entretanto yo me iba quedando dormido, y soñé; soñé en Clotilde. Todos mis anhelos se

habían logrado ; éramos el uno del otro, y como nuestro tálamo nupcial era muy exiguo, para no caernos, nos estrechábamos uno contra el otro, abrazados con toda nuestra fuerza.

Cosa rara ; soñé que hasta mi padre, a pesar de su carácter severo, aplaudía mi unión con Clotide, diciendo :

—¡ Qué diantre ! El chico ha tenido buen gusto y apruebo su elección.

III

PRIMER ENCUENTRO

La necesidad de asistir a las clases me obligaba a levantarme a las ocho ; aquel día eran más de las nueve, y aun estaba yo en la cama ; de mi sueño me despertaron unos golpes dados con bastante fuerza en la puerta de mi cuarto, y la voz de doña Facunda, mi patrona, que decía :

—¡ Don Feliciano !... ¡ Don Feliciano ! Son cerca de las diez... ¿ Por qué ha cerrado usted ?... Abra y le entraré el chocolate.

Mi desilusión fué indefinible. En aquel instante sentí vehementes deseos de precipitarme sobre mi patrona ; en vez de mi gentil Clotilde, era un hipopótamo con piel rugosa y grasiento cuerpo lo que se presentaba ante mí. ¡ Con qué gusto la hubiese extrangulado !

—Espérese usted—repuse de mal talante.

Me vestí y abrí la puerta. La presencia de doña Facunda, a pesar de haberla visto muchas veces, me causó horror. Di un paso a atrás mirándola con profundo odio.

—¿ Qué le pasa ?—me preguntó—. ¿ Está usted enfermo ?

—No lo sé. No me encuentro bien, y sin embargo no me duele nada.

—Aquí tiene el chocolate.

—Déjelo encima de la mesa.

—No lo probé. Mi boca estaba seca y la lengua se me pegaba al paladar. Me vestí lo más de prisa que pude y me lancé a la calle en busca de uno de esos amores fáciles y baratos. Inútilmente ; las hembras que me ofrecieron sus cari-



—Perdóneme, señorita...

cias momentáneas me daban asco. Sin rumbo fijo recorrí varias calles. La costumbre me hizo aproximarme a la escuela de ingenieros y huí de ella como el diablo de la cruz ; temía que mis compañeros adivinasen lo que me pasaba y ser

objeto de sus burlas. Volví al Retiro a lanzar otra vez suspiros al pie del árbol.

No fuí a comer a casa, y por probar de todo me metí en un *tabernáculo*.

—Un *coci*—pedí.

Y me presentaron un puchero humeante.

Dí los tres *vuelcos* y la variedad hizo que me supiesen bien. Bebí más vino que de costumbre y esto me prestó algún ánimo.

Regresé a mi casa. Al subir la escalera hallé a Clotilde que bajaba. Haciéndome el distraído tropecé con ella.

—Perdóneme, señorita.

—Está usted perdonado, caballero.

—Tiene usted unos ojos tan hermosos, que atraen como la luz a las mariposas.

—Gracias por el requiebro ; pero le advierto que no les admito ; puede usted guardarlos para esas mujeres que tanto gustan de ellos. A mí me molestan, pues estoy harta de oir tonterías.

Sin esperar mi respuesta, bajó la escalera, dejándome a mí pegado a la pared y en posición asaz ridícula, pues le oí lanzar una carcajada de burla.

Su risa hirió mi amor propio, y me dije :

—Esa mujer será mía, pese a quien pese.

IV

COMO TODAS

Nada hay que nos impulse a cometer tan enormes disparates como el amor propio herido ; el mío destilaba sangre por todas partes. Por un momento sentí odio. Tanto era el desprecio con que me había tratado, que hasta me sentí poeta y compuse los versos siguientes, cuyo mérito no quise analizar :

«Yo quisiera cogerla de improviso,
inspirarla un amor firme y eterno,
elevarla de pronto al Paraíso
y arrojarla de pronto en el Infierno.»

Decididamente, Mefistófeles había ejercido en mí alguna influencia ; pero semejante desahogo poético no calmó mis ansias. Necesitaba poseerla y para lograrlo ponía en tortura mi imaginación, en busca de un medio práctico, con el cual lograr el apetecido resultado. Una vez más me agitaba en el vacío.

De este modo transcurrió el mes de Enero, en el que más de una vez oí los gatunos maullidos, Febrero, Marzo y Abril. Al comenzar Mayo la primavera hace que la sangre tenga mayor actividad ; las avecillas fabrican sus nidos, se dan el pico, los machos cantan llamando a sus com-

pañeras y la juventud humana no puede permanecer indiferente ante el hermoso espectáculo que nos da la Naturaleza, nuestra madre común, pero que no reparte las cosas a gusto de todos.

Varias veces había encontrado a Clotilde en la escalera. Volví a requebrarla, y su contestación fué siempre idéntica.

Al comenzar Mayo noté que la ventana de su cuarto se abría con más frecuencia que antes ; que durante la noche encendía luz, y para no ser vista corría una cortina. Por mi parte seguí el sistema contrario : tener a obscuras mi cuarto, pues desde la sombra podía observarla sin ser visto ; mas nada pude columbrar... Indudablemente tomaba precauciones.

Una mañana Clotilde subía la escalera bastante de prisa ; yo iba detrás ; de pronto se detuvo ; se le había desatado un zapato ; apoyó el pie en el escalón que tenía delante, e inclinado el cuerpo empezó a atárselo ; yo la contemplaba con fervor desde el tramo lateral, en el que me quedé quieto.

Mi situación me permitió ver una pierna con media blanca (las medias de este color han sido siempre mi flaco) hasta cerca de la rodilla. Estaba admirablemente modelada. Sentí vértigos.

Ella aparentó no fijarse en mí y al terminar de atarse el zapato, lo que nunca había hecho, me miró con descaro, diciéndome :

—¿ Qué ha visto usted, *so* tísico ?

La verdad era que yo me había quedado muy flaco.

. . . . . .

—Nada que me disguste, señorita—respondí, tartamudeando.

—Pues saque usted la muestra a la plaza a ver si por ella le dan algo para que engorde—me respondió con malicia.

Subió los escalones y yo detrás de ella, y cada cual se metió en su domicilio. Clotilde aparecía ante mis ojos completamente transformada. Aunque no fuese más que para molestarme con sus palabras, se había permitido mirarme a la cara. Esto ya era algo.

V

NADA DE FLORES

Aquella noche la cortina del cuarto de Clotilde no se cerró con tanta discreción como lo estaba de ordinario; hasta me pareció que se transparentaba más y que su tela no era tan espesa. El quinqué debía dar más luz que de costumbre, pues su resplandor iluminaba muy bien todo el cuarto. El mío estaba a obscuras; yo, cerca de la ventana, apenas me atrevía a respirar por temor a ser oído.

Clotilde iba a acostarse. Debía sentir mucho calor, pues descorrió un poco la cortina para dar paso a la mezquina cantidad de aire que podía entrar por el patio.

Desde mi observatorio vi cómo levantaba las ropas de su lecho. No hacía falta ser muy lince para adivinar que iba a acostarse, y pedí a Dios con toda mi alma no le diese la ocurrencia de correr la cortina ni cerrar la ventana.

Mi súplica fué oída; pude ver cómo se quitaba el cuerpo y la falda. El corsé era sencillo, las enaguas muy blancas; cayeron éstas primero al suelo, y a poco el corsé fué desatado, y hasta me pareció notar que Clotilde respiraba satisfecha al verse libre de la presión de ese tirano que para estrechar su talle han inventado las mujeres.

Se quedó en camisa. Hubiera querido se despojase de ella ; pero no lo hizo. La vi revolverse nerviosa y buscar entre su seno algo que la molestaba bajo el escote de la camisa, y entonces pude ver un pecho blanco y exuberante.

Llevó los dedos a la boca para mojárselos. La picaba una pulga ; la tuve envidia ; ella había mordido su piel y chupaba su sangre, mientras que yo tenía que contentarme con una ración de vista y no tan completa como era mi deseo.

—Al menos que no la coja en seguida ; que salte de un lado para otro y así de paso iré yo descubriendo terreno.

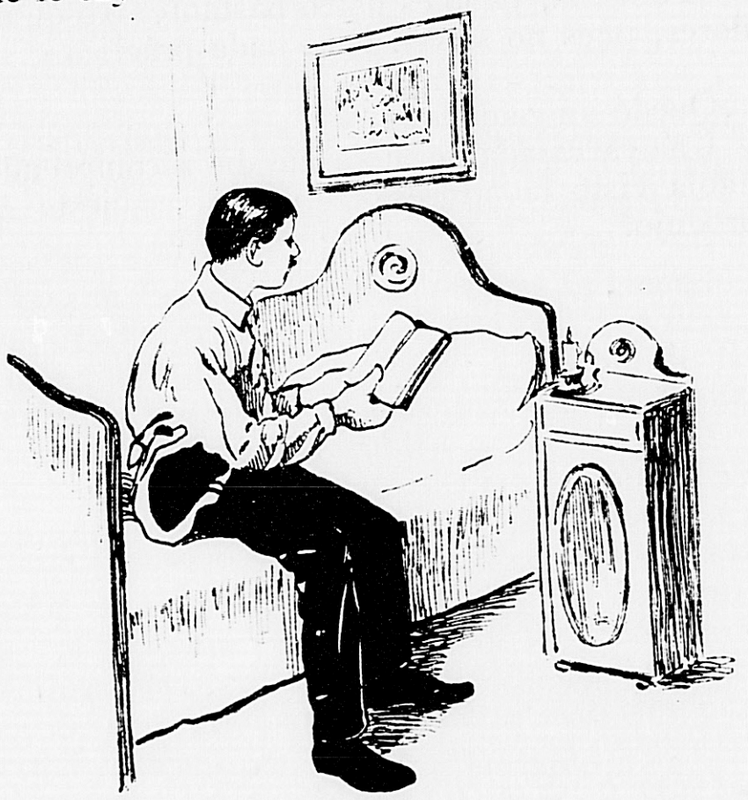
Como si la buena de la pulga quisiera complacerme, los dedos de Clotilde no tropezaron con ella ; debió dirigirse hacia los países bajos, pues la joven, en su afán de atraparla, con nervioso ademán se levantó la camisa, dejando al descubierto lo que yo más deseaba.

Mis nervios se estremecieron ; casi se me doblaron las rodillas, y para no caer tuve que agarrarme al marco de la ventana.

No sé lo que me pasó, es decir, sí lo sé ; pero no puedo explicarlo. Mis manos no se estuvieron quietas. Al paralizarse se apagó la luz en el cuarto de Clotilde, como diciendo : «Se ha concluído la función». Sobre mi mesilla de noche estaba la obra de Amicis, *Constantinopla* ; al abrirla me encontré con el capítulo titulado *De Pera a Galata*. Aquella noche no pude pasar de *Pera*. Cerré el libro y volví a dejarle en donde estaba.

Por si la escena llegaba a repetirse, pensé en la mejor manera de darla a entender que era yo testigo, y no se me ocurrió otro medio que

comprar un buen ramo de lilas, pues mi capital no alcanzaba a más. En efecto, se repitió, al apagarse la luz, sin haber yo podido llegar a *Galata*. Y como la ventana continuase abierta, le arrojé el ramo de lilas, con tan buena puntería, que le cayó en el centro de la cama.



Aquella noche no pude pasar de Pera...

Oí un débil grito, y a poco el resplandor del quinqué volvía a iluminar su habitación. Clotilde abandonó el lecho ; pude contemplarla en camisa, con el ramo en la mano, mirándole con soberano desprecio.

Se acercó a una mesita y se puso a escribir ; con un hilo ató el papel al ramo ; hecho esto se

acercó a su ventana, y acto seguido, penetrando por la mía, volvían las lilas a estar en mi cuarto.

Ahora fué a mí a quien me tocó encender luz ; cogí el ya maltrecho ramo, desaté el papel y pude leer :

«Para lila, ya lo es usted bastante. No quiero flores, pues no sirven para nada práctico.»

Quedé anonadado.

Una carcajada de mofa me dió a comprender había visto la impresión que su respuesta me produjo.

VI

LA CITA

Indefectiblemente todas las noches se repetía la escena del desnudo ; yo seguía en el mismo capítulo de la obra *Constantinopla,* y sin saber cómo salir de tan triste situación.

Por aquellos días mi buena mamá me mandó, como extraordinario, un billete de cien pesetas, lo que me permitió adquirir un décimo de la lotería de diez, esperando con impaciencia que la suerte me fuese favorable.

Tal vez Mefistófeles quisiera hacerse dueño de mi alma, por medio de la tómbola nacional, pues el resultado fué que a mi décimo le correspondieron *veinticinco mil del ala.* ¡Cinco mil duretes ! No eran moco de pavo y menos para mí, que en mi vida me había visto dueño absoluto de más de cincuenta. Representaban una fortuna inacabable.

Tan pronto como estuvieron en mi poder, fuí a la Carrera de San Jerónimo, adquiriendo por seiscientas pesetas unos bonitos pendientes con brillantes.

Como de mi suerte no había dicho a nadie una palabra, en la casa todos ignoraban fuese dueño de tan *fabuloso* capital.

Una vez en mi cuarto, esperé llegase la hora del desnudo. Con relativa calma contemplé los

preliminares ; antes de que Clotilde se acostase, abrí el estuche ; los brillantes relucían en la obscuridad y sus destellos llamaron la atención de mi vecina, la cual dejó de pasar revista de pulgas por el pronto, acercándose a la ventana ; el momento era oportuno y debía aprovecharle. Cerré el estuche, metiendo en él un papel que había escrito de antemano, y tomando bien la puntería para que el valioso objeto no cayese al patio, le arrojé con acierto.

Clotilde cogió el estuche ; más que en el papel que encerraba se fijó en los pendientes ; los destellos de los brillantes la habían conmovido. Cuando se cansó de contemplarlos desdobló el papel. Sin preocuparse de que estaba en camisa, no obstante saber la contemplaba yo, fué leyéndole muy despacio.

El papel decía :

«Según usted, soy lila ; pero no tanto como cree. Si le mandé flores fué para que de ellas quedase, al menos, en su cuarto un resto de perfume, nunca tan intenso como el que mi alma despide al contemplarla a usted. Me gustan las mujeres prácticas y este regalo lo es. Si acepta mi amor, será muy duradero y tendrá usted joyas mejores que esta.

»Estoy a sus órdenes.

»FELICIANO.»

Clotilde se puso a escribir ; por un momento esperé me devolviese el estuche ; pero pronto vi registraba su monedero, sacando de él una perra gorda, que resultó falsa, y envolviendo el papel con ella, la arrojó por mi ventana.

La contestación era lacónica ; decía :

«Mañana a las diez nos veremos en la Plaza de Herradores.»

Cerró su ventana y yo hice lo propio.

Me acosté, albergando la grata ilusión de haber conseguido todo lo que anhelaba.

Fuí puntual ; ella tampoco se hizo esperar mucho : unos cinco minutos ; las mujeres casi siempre son así ; les gusta hacerse desear.

Nos saludamos ; por primera vez pude estrechar su mano. Al sentir el contacto, mi corazón palpitó con violencia.

Miré a sus orejas, y antes de que yo le preguntase por los pendientes, me dijo :

—Los llevo en el bolsillo ; son muy bonitos y me gustan mucho ; no me los he puesto por temor a que mi tía los viese. Hubiera sido capaz de arrancármelos a tirones. Para mí es un verdugo ; me tiene frita ; no me deja ni respirar y estoy deseando perderla de vista.

Semejantes palabras fueron para mí una revelación completa. La empresa se me presentaba más fácil de lo que yo creía.

Apeando todo tratamiento, le respondí :

—Si tú quieres, esto se acaba en seguida.

—No sé cómo — me respondió, mirándome con languidez.

—Aquí no podemos hablar con libertad. En casa de Botín hay reservados y en uno de ellos estaremos mucho mejor.

—Como tú quieras—me respondió, siguiendo mi ejemplo—. Sólo dispongo de un par de horas.

—Por hoy ; mañana, si tú quieres serás completamente libre.

Sin contestarme ni hacerme la menor resistencia, se dejó conducir. Una vez en casa de Botín nos instalamos en un reservado.

—¿Qué quieres, vida mía?—le pregunté.

—Yo tampoco; la luz de tus ojos me llega



Inoportunamente se presentó el camarero...

al alma y sólo tengo ganas de que mis labios se unan a los tuyos.

Fuí a hacer lo que anunciara; Clotilde me rechazó; pero fué de una manera tan débil, que no me costó trabajo lograr lo que deseaba.

Inoportunamente se presentó el camarero. Por hacer gasto pedimos unos pasteles y vino de Montilla.

Al volvernos a quedar solos, seguimos nuestro coloquio, entrecortado por fugaces caricias, que Clotilde no me devolvía.

—Es tarde—dijo con amargura—. Al volver a casa mi tía me reñirá. ¡Maldita vieja! ¡Siempre está gruñendo!... ¡Qué pronto pasan las horas!...

—Tú no te separas de mi lado—dije con resolución, poniendo sobre la mesa la cartera llena de billetes.

Y añadí:

—Con este dinero podemos arreglar nuestro nido de amor. Ya no nos separaremos nunca.

—No vayas tan de prisa. No puede ser.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tengo miedo.

—Es que no me amas—repliqué, estrechándola contra mi corazón.

—Sí; pero...

—No hay pero que valga. Un momento de vida es vida; cuando se pierde, es lo mismo que el día que pasa: no se vuelve a recuperar. Somos unos imbéciles retrasando nuestra felicidad.

—Tienes razón; en ti confío. Sea lo que Dios quiera. Todo es preferible a seguir viviendo al lado de mi tía. Aquella casa es un infierno para mí.

VII

CONSUMATUN EST

No tardamos en salir de casa de Botín. Montamos en un coche y dí al auriga las señas de una casa en la que sabía ser bien recibido. Llegamos a ella y nos encerramos en un gabinete bastante coquetón. La cama no era estrecha; cabíamos en ella con bastante holgura.

Clotilde se dejó caer sobre el sofá, agitada por la emoción y el deseo; la estreché entre mis brazos. Mi amada temblaba como la avecilla que siente sobre su pluma las garras del gavilán y espera de un momento a otro sentirlas clavadas en sus carnes.

El contacto de su cuerpo, del que solamente me separaba la ropa, enardecía mi sangre, poniéndola en completa ebullición.

Mis manos comenzaron a desabrocharla el cuerpo; no hizo resistencia. Sentí los violentos latidos de su corazón y el agitado movimiento de los ebúrneos senos bajo el contacto de mi mano. Mis labios tropezaron con ellos. Clotilde permanecía con la cabeza inclinada sobre mi hombro; su aliento, al llegar a mi semblante, me lo caldeaba con su fuego.

De un tirón rompí los cordones del corsé, y al quitárselo lo hice de manera tan violenta, que los botones que sujetaban la camisa al hombro

cedieron, dejándome ver el hermoso busto completamente desnudo.

Con toda rapidez me despojé de mi ropa, y en mis brazos, temblando por la excitación nerviosa, conduje a Clotilde al lecho.

Ya no rechazaba mis caricias. Al principio me las devolvió con timidez... Luego el fuego de mi sangre se comunicó al suyo, y sus besos eran tan ardientes como los míos.

... ...
... ...
... ...
... ...

Dejó escapar un grito de dolor. Mis anhelos estaban logrados. Concluía de leer el capítulo de la obra *Constantinopla*. Al fin había dejado a *Pera* para entrar en *Galata*.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de mi amada : mis besos se las secaron y pronto el llanto se transformó en sonrisa de felicidad.

¡ Es tan hermoso el amor, que en seguida borra los dolores !...

Tres días permanecimos en aquella casa ; a pesar de ser ancho el lecho, dormíamos en él como si temiéramos caernos.

Con dinero las cosas se encuentran pronto, y la cuarta noche de amor ya la pasamos en nuestro propio nido, un pisito modesto, pero coquetón.

... ...

Algún tiempo después, escribía yo a un amigo a quien había puesto al corriente de mi aventura :

«Tres meses hace que Clotilde y yo vivimos juntos ; nuestro amor no se ha enfriado ; pero

mi capital disminuye muy de prisa. Temo que el día que se acabe nos sea difícil vivir con los treinta duros mensuales que mi padre me envía, pues no estoy conforme con el aforismo : *Contigo pan y cebolla*. Al contrario, el amor necesita mucho alimento y en cuanto le falta éste, disminuye.

»¿ Pero quién piensa en el mañana ?... ¡ A vivir, que ancha es Castilla !»

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor

EN PRENSA

Posadas y Posaderas

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino. . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona